



EL
CHOQUE
INICIAL

LA GUERRA FUTURA

ESQUEMA DE LA BATALLA QUE HA DE LLEGAR

¿1954...?—Cien millones de soldados.—La aviación, arma de mañana.—El ataque soviético y la contramanoobra de los occidentales.

RECUERDO DEL CABALLERO ALGAROTTI

"La batalla se dará en los Pirineos..." El augurio se está repitiendo, a lo largo de las últimas semanas, con despilfarro de versales, en todos los periódicos del mundo. Estos días, cuando nace el año, al delirio de los comentaristas se ha venido a unir el coro de magos, augures y adivinos de acusado acento italiano. En los labios, la misma palabra que seis años de metralla y de sangre no supieron matar: guerra.

"¿Atacará Moscú en el año que empieza?" "¿Se adelantarán los occidentales, tratando de asfixiar la amenaza soviética?..." Y ya en derredor de la gran interrogante se entretienen especulaciones, afanes, temores e hipótesis. Desde las consecuencias prebélicas del nonato "Pacto del Atlántico", hasta la estela de vencimiento que ha dejado el mariscal Chang en su anunciada fuga, sobre el mar, camino de Formosa, y en la efectiva retirada a su localidad natal, tras un breve mensaje de despedida.

Se habla de guerra cuando aún no se ha remansado el "estallido" de la paz, y frente al de Rusia, se alza el nombre de España. Y es que el sol es el mismo cada mañana: Francisco Algarotti es un fino petimetre cuyo nombre exhumó, cuando empezaba la primera guerra grande de Europa, Rafael Sánchez Mazas, entre el silencio de una biblioteca italiana. Algarotti vive en el siglo XVIII y viaja por Europa. Caminos angostos, diligencias, caballos de posta. El caballero conoce salones, contempla paisajes y escribe cartas. Y el 21 de junio de 1739 va trazando, en una hostería de Cronstadt, estas palabras que parecen milagro de adivinación, a dos siglos vista:

"España y Rusia son los países mejor situados para hacerse señores del mundo. La una, a caballo del Mediterráneo y del Atlántico, soberana natural del Estrecho, con las espaldas guardadas por los Pirineos; la otra, a caballo de Asia y de Europa..."

Pero en 1949—a menos de diez años del inevitable gran estallido que ha de

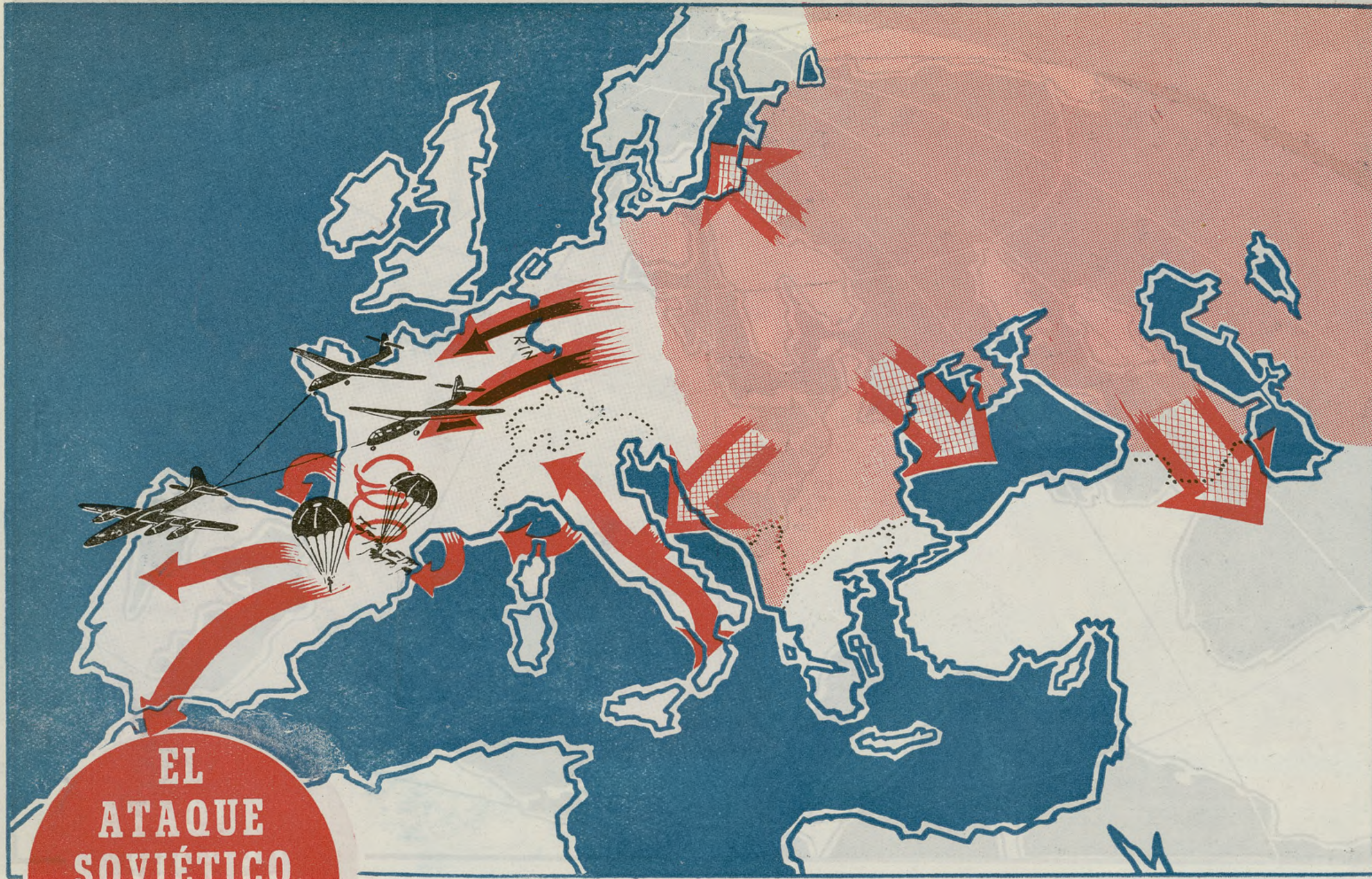
llegar—está pálida y muerta la tinta augural del Caballero Algarotti. Sobre la vieja posada de Cronstadt ha pasado la Aviación, sombreando de angustia la campiña. Y su metralla ha hecho añicos la concepción clásica de la estrategia. Pensar que hoy un pueblo puede sestear al sol porque unas montañas guardan su espalda y su neutralidad, sería suicida. La guerra que llegue, será guerra de todos. Y acabará cuando la Muerte muera, cansada de matar...

LOS BELIGERANTES

No será en este año de 1949. Ni acaso en ninguno de los dos siguientes. La gran catástrofe se producirá más tarde. Y no porque haya que fiar demasiado en la eficacia conciliatoria de la sustitución de Marshall por Acheson en la nueva "etapa Truman"; ni porque deba el mundo asirse, con excesiva fe, a ese cabo de esperanza que tienden, desde Estocolmo, especulando con el efecto sedante de la muerte de Zdanov y la pretendida reivindicación de Varga, el húngaro que vendió a su patria, cuya vieja tesis de la muerte, por consunción, de los países capitalistas reverdece, en las últimas semanas, en las columnas de la "Pravda".

La razón del aplazamiento acaso sea otra y más honda. Habrá que buscarla en las estampas dantescas de Quentin Reynolds en sus "Veladas de Moscú" y en el gigantesco salto hacia el Este y hacia el Oeste de las vanguardias rojas. Hay mucho que reconstruir todavía sobre las tierras rusas que presenciaron la batalla con las tropas germanas y queda una larga tarea de absorción, de aniquilamiento, de "digestión" de los países ocupados. Y, mientras tanto, tendrá que ir buscando la espalda de los Urales la nueva industria pesada soviética, regalada por la ingenuidad de los aliados de un día o arrancada de entre los escombros de las ciudades alemanas.

Cinco años es plazo bastante cuando el rencor hace cabalgar las impaciencias.



EL ATAQUE SOVIÉTICO EN EL FRENTE CENTRAL

A partir de entonces, el pretexto puede surgir cualquier día en cualquier punto de la geografía del mundo. Antes habrá choques parciales, "de tanteo y puesta a punto". Y un día

cualquiera de un año todavía sin nombre, el bloque soviético se pondrá en marcha.

Poco importa que éste o el otro país intente, y hasta consiga, permanecer neutral por algún tiempo. Los campos están demasiado definidos. Quinientos millones de hombres, aproximadamente, desde los mares de Asia hasta lo que es ya maduro occidente de Europa, obedecerán la orden de fuego de Moscú. Frente a ellos, con pausas y prisas de última hora, con la lentitud inicial que capitalismo y democracia llevan dentro, seiscientos millones de seres humanos se declararán beligerantes contra la agresión roja.

CIEN MILLONES DE COMBATIENTES

Cuando llegue la hora de la batalla, el bloque demográfico de los occidentales superará, probablemente, en más de cien millones de almas al bloque soviético. Pero a la hora de alinear las fuerzas en presencia, esta superioridad de población no tendrá, acaso, una traducción demasiado real. Téngase en cuenta que hay países—como la India, Egipto y el Oriente Medio, y determinadas Repúblicas de América—cuya contribución a la lucha no se cifrará, fundamentalmente, en el número de batallones que podrían surgir de una movilización general. Por el contrario, Moscú, de grado o por fuerza, empujará a todos los hombres útiles al combate. No parece, pues, excesivamente caprichoso fijar en quinientos millones, en cada bloque, la masa sobre la que haya de operar la movilización. Hasta un total de doce reemplazos, de un lado y de otro, pueden quedar bajo las armas. Más, no; las características de la guerra próxima exigirán un rigor selectivo, que limitará a ese porcentaje el número máximo de combatientes. Ello quiere decir que, numéricamente, a los tres meses del primer disparo, los dos beligerantes estarán sensiblemente igualados: cincuenta millones de soldados bajo cada bandera—cien millones de combatientes en total—buscando, por todas las tierras y mares del Planeta, la muerte o la victoria.

EL FRENTE INICIAL

Supongamos—y acaso haya en ello excesivo optimismo antisoviético—que la línea que hoy señala, sobre el corazón de Europa, "el telón de acero", no se adelanta hacia el Oeste en los años que aún queden de "guerra fría" y de paz sin justicia. Siempre habrá que temer la previa acción soviética de debilitamiento de las retaguardias inmediatas al frente inicial. Francia e Italia sentirán la sangría de las "quintas columnas". La subversión en Grecia retoñará con nuevos bríos y viejos rencores. Sobre Suecia y Noruega actuará, implacablemente, la acción que tiende al control—y estrangulamiento en la "hora H"—de la producción industrial. Turquía escuchará ofertas tentadoras y verá dibujarse sonrisas amables. Si los occidentales consiguen que los fusiles turcos no se alineen junto a los rusos antes ya del primer disparo, habrán ganado la primera batalla. Pero aun ésta—la diplomática—será larga y empeñada. Al mismo tiempo, Moscú buscará campos dilatados de posible aterrizaje en la retaguardia lejana.

En esta acción preparatoria se conjugarán imperativos políticos además de conveniencias estratégicas. Combinadas unas y otras, no parece aventurado sospechar que Moscú concentre sus fuegos para ver de lograr la benevolencia o la neutralidad, por lo menos, del Marruecos francés. El papel decisivo que el arma aérea ha de jugar en la próxima guerra sería la coronación estratégica de esas supuestas neutralidades en el gigantesco plan de asalto de los ejércitos de Oriente.

LA AVIACION, ARMA DE MAÑANA

"La guerra—aun en 1949 no es anacrónico citar a Napoleón—es un arte todo de ejecución." Y ocurre que el desarrollo del arma aérea y la aparición de la bomba atómica han revolucionado, para la batalla de mañana, los viejos principios doctrinales y la línea clásica de las maniobras de esa guerra que aún no ha apagado sus rescoldos sobre Europa. Es obligada, por ello, la digresión apresurada antes de entrar en el esquema de la batalla que ha de llegar.

Ni siquiera aquellos que más despectivamente enjuiciaron a Huguet se atreverían a dejar reducido el papel de la aviación, en la actualidad, al de simple arma auxiliar. El gran reproche de que era "impotente para ocupar el terreno", no vale



EL SALTO DESDE EUROPA

ya. Y, en cambio, el principio de la rotura del frente enemigo, como supuesto previo para la batalla de aniquilamiento, ha saltado en pedazos. Aviones, planeadores, bomba atómica y fuerzas de desembarco aéreo han hecho realidad el salto sobre la retaguardia por encima de un frente fortificado intacto, y el ataque de revés, aniquilador e inesperado.

No querríamos caer en la fácil pedantería de repetir la observación de que han hecho falta veintitantos siglos para pasar de la maniobra de "doble envolvimiento" de Aníbal a la de "triple envolvimiento" de los primeros planeadores germanos, cayendo a la espalda de los soldados del Rey de los belgas.

Pero el hecho es cierto, y lo que los americanos han empezado a llamar, con aire entre geométrico y deportivo, "envolvimiento vertical", es un factor acaso decisivo en las batallas futuras. Situar, en una noche, cien mil hombres sobre la retaguardia enemiga no es hoy delirio calenturiento del honorable Mr. Wells, "vendedor de profecías"; menos lo será dentro de cinco años. Y ahí está, sobre las pizarras de la Escuela Superior del Ejército, la sombra de cifras y croquis que resolvían el problema del transporte de sesenta Divisiones sobre el Atlántico. Hacían falta, es cierto, 8.000 aviones de transporte y 16.000 planeadores. Y tierras para el descenso. Pero el supuesto admitía una vanguardia de un millón de hombres cayendo de los aires. Todo era posible entonces—en 1944—, cuando los anglosajones fabricaban ya 10.000 aviones mensuales. Y no se olvide—quede aquí rota la digresión—que hablamos para 1954. Para entonces—resucitemos la frase de Curzio Malaparte, ese gran campeón de la pirueta y de la desvergüenza—, "lo posible estará hecho y lo imposible se hará".

EL ATAQUE SOVIETICO

En buena técnica académica deberíamos exponer, detalladamente y por separado, el desarrollo teórico de la maniobra soviética y las directrices minuciosas del plan ofensivo del bloque occidental. Pero es más que probable que, en su día, la realidad no dé lugar al desarrollo total de ninguno de los dos planes. Huyendo de pueriles afanes proféticos, una serie de síntomas y hasta de lecciones que van siendo históricas, hacen presumir que, en el comienzo de la batalla, la iniciativa estará en manos de Moscú. El bloque soviético intentará llevar su maniobra hasta

el final. Quedará frenada mucho antes. Pero, en el anhelo rojo, ¿cuáles son los objetivos estratégicos y los caminos tácticos que cree pueden llevar a ellos?

No puede aspirar Moscú a la realización simultánea de sus tres objetivos fundamentales: dominio de Europa; aniquilamiento de Gran Bretaña; neutralización de los Estados Unidos de América. Habrá de elegir la prioridad en el intento. Acaso esté decidida ya la marcha sobre la Europa que aún alienta del lado de acá del "telón de acero" al minuto siguiente al primer disparo.

Habrán acciones secundarias simultáneas al ataque principal en Europa. Este intentará repetir—adaptada a los medios de mañana—la maniobra germana sobre Francia. Imprimirán los rusos la máxima celeridad a las primeras acciones. Es fundamental alcanzar la costa mediterránea antes de que haya podido afianzarse la resistencia. Y, sin pausas, saltar a España. El forzamiento de los Pirineos no se intentará en una acción frontal, sino en operación, todo lo "masiva" posible, de desembarco aéreo sobre la línea del Ebro, para el aniquilamiento posterior, de revés, de la zona montañosa fortificada. Después, marcha fulgurante de unidades acorazadas con acompañamiento y aprovisionamiento aéreos, hacia Lisboa y el Estrecho de Gibraltar.

Las acciones secundarias simultáneas son, tácticamente, en teoría, de fácil realización: salto sobre Italia, con Albania y Yugoslavia como bases; golpe de mano sobre Grecia; repetición, acelerada, de la operación alemana sobre Noruega, ampliándola a Suecia.

Con esto se habría logrado el objetivo defensivo de la eliminación de los occidentales de la corteza de Europa y la finalidad positiva del establecimiento de los puntos de partida para el segundo y tercero grandes objetivos: Gran Bretaña y América.

Para el asalto a Inglaterra no es de creer que el bloque soviético pueda contar con el dominio del mar. Tendrá que ganar el del aire y buscar por él los caminos. El desembarco inicial tendrá que ser, fundamentalmente, aéreo, con una "sombra" protectora sobre el paso de Calais, buscando un pasillo, para buques menores, de transporte y aprovisionamiento. El ataque aéreo inicial deberá ganar la supremacía del espacio y destrozará los centros vitales en un bombardeo impre-



LA OFENSIVA DEL MUNDO OCCIDENTAL

sionante—atómico o no—, que tenga sus bases en las costas de Francia, Países Bajos, Alemania y Escandinavia.

Es más que probable que éste sea el momento de crisis de la maniobra soviética. La lección de la "RAF" en 1940 puede ser decisiva. Inglaterra y Estados Unidos pueden situar, en dos o tres semanas, las escuadras aéreas necesarias para mellar el ataque rojo y recuperar, en ese mismo momento, la iniciativa.

Si así no fuese, si Inglaterra sucumbe, la guerra intentará saltar sobre el Atlántico: empezaría la fase final de la maniobra de Moscú. El salto hasta América no es, dados los actuales medios de combate, fantasía de novelista. Hasta los caminos de invasión—por aire o por mar, o combinando ambas rutas—están perfectamente señalados: por el Norte—sobre Islandia y Groenlandia—; por el Atlántico centro, tomando como base la costa africana, a la que previamente se habría llegado desde el Mediterráneo, para caer sobre el Brasil. Se dibujaría así una tenaza descomunal, con Méjico y Estados Unidos como centro final, que estaría, además, apoyada, por la espalda, con una acción de las fuerzas siberianas y de la China roja sobre Alaska y Canadá.

Quede ahí el esquema de una maniobra que buscaría como escenario el mundo. Su estudio circunstanciado pide un espacio que no existe aquí. Si en otro número de *MUNDO HISPANICO* sobrasen páginas para eutrapelias, podría esbozarse el estudio de los hombres, barcos y aviones que la maniobra exige. Y demostrar que unos y otros están dentro de la realidad bélica de estos años traspassados de angustia.

LA CONTRAMANIOBRA DE LOS OCCIDENTALES

Acceptado el supuesto inicial desfavorable de que la hora del ataque será elegida por Moscú, los occidentales habrán de neutralizar, en lo posible, el efecto disgregador de la sorpresa. Y recuperar la iniciativa cuanto antes, llevando al límite máximo la superioridad aérea. Si consiguen frenar el primer empujón sobre Europa, los países que no queden sumergidos bajo la marea roja, además de Inglaterra,

Irlanda y la costa africana y el Oriente Medio, deberán convertirse en gigantes aerpuertos. No hay dificultad técnica de orden industrial para que el bloque occidental pueda lanzar sobre su enemigo una masa gigantesca de doscientos mil aviones de todas clases y tipos. El problema está en el acondicionamiento de los aerpuertos y en la existencia de terrenos suficientes. Problema éste más real y agudo de lo que podría hacer sospechar una lectura apresurada de la observación.

Queda siempre un factor trascendental, pero de incógnita mensuración todavía: la utilización y consecuencias de la bomba atómica. Aparte de ella, la contramaniobra de los occidentales adoptaría la misma forma de tenaza: desde las bases europeas y desde el Oriente Medio y Escandinavia, con una acción a la espalda de fijación y de destrucción aérea, que encontraría sus bases en el Oriente Extremo.

La realización es normal. Pero en la ocupación de territorios no debería llegarse nunca más allá de los Urales. La "invulnerabilidad del espacio ruso" ha salvado a Moscú cuando ya todo lo daba por perdido. En la nueva "alta ocasión que van a ver los siglos", los occidentales pueden y deben ganarlo todo, si saben triunfar sobre la impaciencia y la ambición.

"¡SOLO VENCE DIOS!"

Hemos huído deliberadamente de citas y de notas. Pero, ya al final, en el umbral de la batalla que ha de llegar, queremos clavar un anhelo y una seguridad. La de aquella salutación que adorna una lámpara de los reyes nazaries de Granada, que fué después de los Cristianos. Su texto es, para hoy y para mañana, consuelo y súplica. En letras que calentó el fuego, dice sobriamente:

"¡Sólo vence Dios!..."

L U C I O D E L A L A M O

EXPUESTAS EN ESTE ARTÍCULO LAS LÍNEAS GENERALES DE LA POSIBLE, FUTURA GUERRA, DE ACUERDO CON LOS INTERESES ESTRATÉGICOS DE LOS DOS BANDOS —LA U. R. S. S. Y LOS ALIADOS OCCIDENTALES—, EN NÚMEROS PRÓXIMOS ANALIZAREMOS LA SITUACIÓN MUNDIAL DESDE OTROS ÁNGULOS INTERESANTES PARA EL PÚBLICO HISPANOAMERICANO.